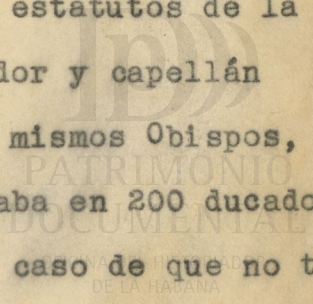


LA ALAMEDA, IGLESIA Y HOSPITAL DE PAULA.

Por Emilio Roig de Leuchsenring.

Debe su nombre de Alameda de Paula a la existencia en el lugar donde fué construída, del Hospital de Mujeres de San Francisco de Paula, fundado por Don Nicolás Estevez Borges, religioso habanero beneficiado rector de la parroquial mayor de esta ciudad y mas tarde dean de la diócesis, quien por su testamento de 10 de diciembre de 1664, otorgado pocos meses antes de morir, dejó bienes ascendentes a 45,002 pesos fuertes y 4 reales para que se fundase un hospital dedicado exclusivamente a la curación de mujeres enfermas; casa benéfica que, como todas las de su época, poseía también una iglesia. Con el legado del licenciado presbítero Estevez Borges y algunas limosnas más que pudieron recaudarse, se construyó en 1667 un modesto edificio compuesto de iglesia y hospital, éste con un corto número de camas, en una manzana del barrio Campeche, con vista al mar por uno de sus costados. El violento huracán de 26 de septiembre de 1730 ocasionó daños considerables tanto en la iglesia como en el hospital, siendo reparados una y otro con las contribuciones del vecindario, a iniciativas del capitán general Martínez de la Vega, del Cabildo y del Vicario General Don Pedro de Torres. En 1765, un siglo después de creado el establecimiento, el Obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, obtuvo la aprobación real de los estatutos de la casa, por las que se disponía que el administrador y capellán fueran habaneros y el patronato radicase en los mismos Obispos, de La Habana. La retribución del primero se fijaba en 200 ducados y 25 pesos cada año, esta última cantidad en el caso de que no tu-



viese casa propia, y la del segundo en 50 ducados anuales y el disfrute de tres capellanías de 1,000 pesos cada una, impuestas a su favor por el P. Alonso Villalobos. Estos sueldos fueron ascendidos, según nos cuenta Antonio Bachiller y Morales en el Paseo Pintoresco por la Isla de Cuba, de 1841, al 8 % de las cantidades que percibiera, para el administrador, y 43 pesos y 2 reales de salarios mensuales, para el capellán. En 1779 se construyó la parte alta del hospital con un donativo de 12.000 pesos hechos por Don José Laguardia.

En 1797 la esposa del Capitán General Don Juan Procopio de Bassecourt, Conde de Santa Clara, realizó una suscripción gracias a la cual pudo terminarse adecuadamente la construcción de la iglesia y hospital, habilitándose éste de dos salas altas para mujeres blancas, una de medicina y otra de cirugía y dos bajas para las de color, otra para enfermedades contagiosas y otra para negras y mulatas ancianas. En 1854 se construyó otra sala alta para alojamiento de las hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, con un costo de 6,000 pesos que donó de su peculio el Obispo Francisco Fleiz. Según Bachiller y Morales, en 1836 los gastos ordinarios del establecimiento ascendían a 1.000 pesos mensuales, gozando de rentas por valor de 15,642 pesos, más las dietas que abonaban los dueños de esclavas enfermas, las que eran admitidas en la práctica aunque se opusiesen los estatutos de la casa a admitir esclavas. Según Don Jacobo de la Pezuela en su Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba, sus rentas por censos, alquileres, obras pías y arbitrios ascendían a 20.090 pesos fuertes y sus gastos generales a 24,000, cu-

abriéndose el déficit con limosnas y otros arbitrios.

Bachiller, en su trabajo citado, nos ofrece esta interesante impresión de sus visitas al hospital: "Objetos de estudio se presentan a veces en las hermosas salas de la parte alta divididas por una arquería: allí una loca que gime por la pérdida de su amante y que continuamente llora y le llama, se encuentra al lado de una joven bella, inquieta, que jamás supo lo que era amor, y que ha corrido por todos los senderos de la corrupción, y convalece de sus males la mujer de todos, la amante de ninguno, la amada de nadie. Varias veces me detuve a contemplar este cuadro; y en medio de los estragos de la demencia, aquella alma enamorada me arrancó una lágrima, mientras mis ojos permanecían emjutos al contemplar la flor de la juventud, la bella prostituida, su compañera, y mi compasión era amarga, porque su alma se veía en sus ojos y era demasiado mundana".

El nombre del Hospital de Paula está unido íntimamente al del sabio médico cubano José Nicolás Gutiérrez y Hernández, gloria de la ciencia médica cubana, quien durante largos años, y hasta su muerte en 1890, aún retirado por completo del ejercicio de su profesión, prestó desinteresada y noblemente sus servicios a las pobres enfermas recluidas en dicho Hospital.

En la fiebre de oro que tantos y tantos sufrieron en Cuba después del cese de la dominación española, entregando tierras y construcciones, en toda la Isla, a empresas norteamericanas, no fué la Iglesia ajena, ni mucho menos, a este desmedido afán de lucro, vendiendo al efecto muchas de sus propiedades, templos y casas de asistencia pública. El Hospital de Paula y su Iglesia

fueron de los primeros en ser entregados al extranjero. Por la suma de \$165.000 vendió la Iglesia aquella institución benéfica a la Havana Central Railroad Co., que dueña ya de los muelles anexos al Hospital, convirtió los edificios pertenecientes a aquel en almacenes de dicha *propiedad de los Ferrocarriles Unidos,* compañía. Hoy se encuentran en completo abandono, casi en ruinas y amenazados de ser demolidos de acuerdo con las posibles necesidades de la compañía, ya citada.

A continuación del Hospital de Paula y extendiéndose por todo lo largo del litoral de la bahía, hasta el sitio donde se encontraba el Teatro Principal, se hallaba la Alameda de Paula, construída por el Capitán General Don Felipe Fons de Viela, Marqués de la Torre, quien al llegar a Cuba en 1771 y encontrarse con que La Habana no poseía ningún lugar de esparcimiento para sus habitantes, decidió la construcción de este paseo, obra de la que se enorgullecía, según él mismo expresa en los apuntes que escribió al entregar el mando de la Isla, en 1777, a su sucesor Don Diego José Navarro García y Balladares. Dice así el Marqués de la Torre:

"Construí el hermoso paseo de Paula, adorno y desahogo de la ciudad. No hay paraje más agradable en ella por su situación y por sus vistas: expuesto a los aires frescos, descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el público dentro del recinto, donde antes había un muladar, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente y que parecía elegido para este fin desde la fundación de la ciudad. Está tasada esta obra, en el avalúo hecho por disposición del M. I. Ayuntamiento, en 15.861 ps. 4 rs. fs."

Pezuela, de cuyo Diccionario tomamos esta noticia, juzga que

por el poco costo de estas obras, el paseo "se reducía a un terraplén adornado con dos hileras de álamos y separados por algunos bancos de piedra del tránsito de la continuación de la calle de los Oficios hasta el Hospital de Paula".

Dió realce a la Alameda la construcción, también por el Marqués de la Torre, del Teatro Principal, terminado en 1776 y perteneciente a la Casa de Recogidas, lo que hace decir a Antonio Bachiller y Morales, en el citado Paseo Pintoresco, comentando el curioso contraste de aparecer como empresaria del teatro la Casa de Recogidas, que "las mujeres reclusas eran interesadas de esta manera en los progresos del teatro, y no faltaría algún anciano de balandrán de saraza, senda (sic) peluca y patriarcales costumbres que viese también al teatro fomentando la Casa de Reclusas". Y el mismo ~~sabio~~ historiador, al referirse a la situación del teatro, agrega: "El teatro se encuentra en el extremo de la llamada Alameda de Paula que, dando con el Hospital de San Francisco de Paula con el un cabo, liga el placer y el llanto, el juego con el dolor, los chistes de Moreto y de Bretón con los ayes de los moribundos, la vida con la muerte. ¡Y cuán exacto está el retrato del mundo en este contraste! Ancha y limpia, accesible es la vía que conduce de un extremo hasta el otro: así resbala ligera la existencia en los diversos instantes de una vida tan variada por los encontrados acontecimientos".

Pero no son esos los únicos contrastes que para Bachiller y Morales le ofrece el viejo y hace años desaparecido Teatro Principal: "Su severa y desgraciada construcción cuyo conjunto le da bastante semejanza con un buque con la quilla al cielo, nos trae

a la memoria que ese lugar frecuentado hoy por la gente de tono, por la aristocracia de sangre y de dinero fué el humilde albergue de un hombre que vivía con el sudor de su frente y lo que es ahora un teatro fué antes un Molinillo. Las escrituras antiguas todavía designan con el nombre de Molinillo la localidad que hoy ocupa el teatro en la calle que cruza del convento de nuestro padre y señor San Francisco hasta la hospitalidad de mujeres enfermas, como decían los devotos escribanos y habitantes de La Habana".

Este, el primer teatro fijo que poseyó La Habana, celebraba función los domingos, recaudándose, según nos cuenta Pezuela, apenas 1.000 pesos fuertes. El primer empresario lo fué Don Bernardo Llagostera.

El Capitán General Don Salvador José de Muro, Marqués de Someruelos, durante su mando de 1799 a 1812, derribó la primitiva construcción, levantando en aquel sitio un nuevo edificio de mampostería, semejante al entonces Teatro del Príncipe de Madrid. En 1846 el Capitán General Don Lopoldo O'Donnell y Joris, Conde de Lucena, gastó más de 30,000 pesos fuertes del fondo de emancipación del Teatro. *Quando terminadas las obras se esperaba la llegada de una compañía italiana, el horrendo ciclón de 10 de octubre de 1846, redujo a escombros el edificio. Fueron inútiles los esfuerzos realizados, tanto por O'Donnell como por su sucesor Don Federico Roncaly, Conde de Alcoy, por levantar de nuevo aquel coliseo, lo que nunca llegó a realizarse, subastándose el edificio en ruinas y sus terrenos, conjuntamente con los de la casa de Luz, en 1861, por la cantidad de 130.000 pesos a plazos.*

Pero volvamos a la Alameda. El Marqués de Someruelos, al cons-

truir de nuevo, como ya vimos, el Teatro Principal, mejoró también notablemente la Alameda, embaldosándola de 1803 a 1805, y adornándola con una pequeña fuente y asientos de piedra y respaldo enverjado.

En 1841, durante el gobierno del Capitán General Don Gerónimo Valdés y Sierra, fue reconstruida la Alameda, siendo embellecida en 1845, definitivamente, hasta alcanzar la forma y condiciones con que lo conocimos en los últimos años de la dominación española. El ingeniero Don Mariano Carrillo de Albornoz fue el director de las obras. El espacioso y bien nivelado terraplén medía 415 varas de largo por 20 de ancho, entre el Muelle de Luz y el Baluarte de Paula, abriendo una glorieta circular sobre el parapeto de este baluarte, que caía sobre el mar y se denominó Salón de O'Donnell, en homenaje al Capitán General bajo cuyo mando se realizaron las obras. Bancos de piedra con barandajes de hierro, faroles de gas, amplias escalinatas y, por último la fuente que en 1847 mandó construir el propio Capitán General O'Donnell, con su columna de marmol blanco con altos relieves representando banderas, trofeos militares y cañones y rematada por león rampante con las armas de la Monarquía española, daban realce y belleza a este paseo, que si fué en aquellos días el preferido de los habaneros, ya en 1841, al decir de Bachiller y Morales, había perdido el favor público, conquistado entonces por el Paseo de Isabel II, aunque, como afirma el referido historiador, "la Alameda de Paula no le cede en hermosura... y no puede atribuirse más que a la moda este capricho, pues aunque sea tan poco usado entre las damas el ejercicio a pié, puesto que para ellas no es pasear, el caminar, no obstante ha tenido sus épocas de ventura la Alameda de Paula".

La fuente, con su Obelisco guerrero, homenaje a la Marina de Guerra Española, ha sido destrozada en dos ocasiones. Una, por un rayo, poco después de su inauguración, y otra, en 1910 por el temporal que azotó a La Habana. Al reconstruirla en esta fecha, se prescindió por completo de la taza que rodeaba el Obelisco quedando éste solo, tal como lo vemos en la actualidad.

En 1899 la Alameda fué reformada y embellecida por el gobierno de ocupación norteamericano. Pero desde que la Havana Central Railroad Company instaló en aquella parte de nuestra bahía sus grandes almacenes de depósito y embarque, la Alameda perdió uno de sus mayores atractivos: la vista al mar. Y desde 1910 a la fecha ha sufrido el abandono más lamentable por parte del Ejecutivo y Municipio.

Discútese en la actualidad cuales deben ser las obras a realizar en lo que fué Alameda de Paula. Mientras el Ministerio de Obras Públicas ha dado a la publicidad últimamente un proyecto de restauración y embellecimiento de dicho lugar, el Departamento de Urbanismo Municipal propicia la construcción de una gran avenida que enlace esta parte de La Habana antigua con el Malecón y el Vedado.

Como ya este antiguo paseo ha perdido por completo su máximo atractivo, o sea la vista de la bahía, por las construcciones de muelles y almacenes generales de depósito en ese litoral del puerto, nos inclinamos a apoyar la opinión sustentada por el Departamento de Urbanismo Municipal, sin que esto quiera decir que rechazemos cualquier obra que armonizara ambos criterios y satisficiera las necesidades contemporáneas del tránsito y tráfico urbanos de

esta parte de nuestra Capital y proporcionara, al mismo tiempo, un lugar de esparcimiento a los vecinos de dicha zona y especialmente a la niñez, tan necesitada de espacios abiertos, que han ido desapareciendo para levantar en ellos horripilantes edificaciones destinadas a estaciones de policía.

